APARIENCIAS

Manuel Fernando Loaiza Vera

Capítulo 1

Todos, cada uno con un producto, hacían la fila como si fuesen gentes dolorosas sin alma. Pudo ver, por encima de ellos, los objetos que iban a comprar. El reloj puesto en su largo y delgado brazo permitía deducir que si se pagaba un artículo por minuto, él podría terminar con el suplicio antes de las nueve. Sus pies se extendían a lo largo de cuatro valdozas, el doble del espacio para cada cliente, dando la sensación de alargar la espera. Peor que el espacio que ocupaba, era la impresión que causaba. Además de la resequedad de la piel de un alcohólico, yuxtapuesta a la prematura calvicie de un hombre desproporcionadamente grande, la bufanda que cubría su cuello lleno de señales, causaba impresiones lógicas en las gentes. Su resplandeciente cabeza se elevaba como un sol que se calienta desde adentro.

Observó al hombre que estaba detrás de él. Hizo una mueca de satisfacción al apreciar la cantidad de mercado que llevaba. Luego miró la libra de promasa que iba a pagar y disimuló una especie de sonrisa. Dejó de mover sus rodillas con impaciencia, pues los que estaban adelante tenían la misma cantidad de artículos. Sin embargo, su semblante cambio cuando vio que una anciana quedaba en la última posición con un paquete de cigarrillos y una bolsa de basura en la mano. Sintió como la bufanda que tapaba la cicatriz en su cuello, recuerdo de una cirugía de tiroides que debió detener su crecimiento, se caía, e intempestivamente sacó su mano derecha de la chaqueta para acomodarla y miró fijamente al hombre del mercado como si quisiera compartirle su preocupación por la vieja señora. Sin embargo esa intensa mirada se volvió amenazante ante el rechazo del hombre que, evidentemente, ignoró la situación. Entonces giró su cuerpo para dejarlo vertical a su cabeza y quedar de espaldas a la fila.

—¿Le molesta si dejo que la señora se haga delante mio? Le preguntó al hombre.

—Si usted toma su lugar no hay problema. Respondió sin prestarle atención.

—No puedo porque debo pagar esto antes de las nueve —enseñándole la libra de promasa que llevaba en la mano— además usted va a pagar todo eso. Replicó con desánimo.

—Entonces sí me molesta, yo tampoco puedo esperar. Discrepó con tono altivo mientras volvía a enseñarle el perfil a su interlocutor.

—¡Deje de ser tan hijueputa, no le cuesta nada! Le gritó al hombre mientras lo empujaba.

—¡Qué le pasa gran guevón, a mi no me venga a tocar! ¡Policía!

—Mijo, no se ponga a peliar por eso, puedo esperar, yo ya no le tengo miedo al tiempo. Intervino la anciana sin mostrar mucha preocupación, como si conociese que nada iba a pasar.

Imaginó que podría tomarlo por el cuello y apretarlo hasta que la constricción impidiera la ventilación de sus pulmones. Ese pequeño hombre que se creía mejor que los demás, probablemente porque con sus cartones se podría construir la casa de la anciana, no tendría porque ser mejor que él. Pero también pensó que esto seguramente le llevaría a la cárcel. Tal vez si hubiese pasado en la fila para entrar a un bar, en la del estadio o en la de algún festival de rock, la situación sería diferente, pero aquí era imposible pasar inadvertido. El vigilante llegaría pronto, y de nuevo tendría que comenzar a darle explicaciones a la ley. La anciana, a la que había querido proteger, le miraría con desaprobación mientras todos le acusaban. De nuevo, sus actos redentores desembocaría en una historia de violencia.

Sus largos y delgados dedos, que de no ser por su extensión pasarían por las de una mujer, rodeaban la masa precocida. Levantó la mirada y la luz proyectaba la imagen de un hombre viejo sobre la pantalla negra de uno de los televisores exhibidos en la sección de electrodomésticos. Alto, delgado, sin expresión en la mirada. La piel en la barbilla dejaba ver la lucha diaria para impedir el crecimiento. Era él con cabello largo, era su padre. El televisor también proyectaba otro reflejo. Una mujer joven y hermosa que en su mirada medio vacía dejaba ver un rasgo de esperanza.

Se restregó los ojos y volvió a mirar al hombre del mercado y a la anciana. Observó primero, mientras escuchaba sus insultos, al que iba a hacer la fila en otra caja. Con una postura rígida esquivó lo que sintió como una mano que le tomaba por el antebrazo y, en un acto reflejo, dejó caer la promasa para tomar la mano que tenía la intención de agarrarle. Era la anciana. Desapretó a la señora y relajó su cuerpo al tiempo que su corazón comenzaba a latir más despacio. Se agachó para recoger el artículo y miró de nuevo a la pantalla. Sus ojos se abrieron y las animaciones llenaron de terror el vació que había en su mirada.

—¿Usted lo ve? Preguntó con voz trémula a la señora.

—Claro, es difícil no hacerlo, es un aparato muy bonito. Pero no lo entiendo, se preocupa por el tiempo que pierde en esta fila, pero no le importa desperdiciarlo frente al televisor. Contestó la señora mientras su sonrisa delataba un tono burlón.

—No, el televisor no, las personas que se reflejan en él. Susurró.

—Somos usted y yo.

Otra vez su cabeza comenzaba a jugarle una mala pasada. No podía ser real. Su papá en la pantalla estrangulando a su mamá. Recordó aquella noche en que departía con algunos amigos del colegio y en su arribo a la casa vio al viejo cargando dos pesadas bolsas de basura. Con desánimo le ayudó a llevarlas hasta la quebrada que pasaba a cuatro cuadras de la casa, sin embargo, para un joven de dieciséis años, el esfuerzo era demasiado grande y dejó caer una de las bolsas. La imagen de un dedo que rompía el plástico negro se quedó grabada en su memoria, y mientras cada dedo de la mano salía, un recuerdo de su madre se extinguía. El último que le quedaba era el sabor de las arepas de promasa que le cocinaba cuando era un niño. La mano era igual a la que intentaba defenderse del reflejo de su padre y a la que insistía por sostenerle del antebrazo. Se preguntó qué era lo real. La mano y los gestos de la anciana eran iguales a los de su difunta madre, él mismo era idéntico a su padre. Sin embargo, las veces que había utilizado la violencia eran justificadas, siempre para hacer justicia. Sí lo real estaba por dentro, entonces, ¿por qué la confusión? ¿por qué le daba la impresión de estar viviendo en una obra de ficción sin poder distinguir la vida de las imágenes que se formaban continuamente en su cabeza?

Aunque su camiseta era negra, se notaba claramente la borrasca de sudor que rodaba por su cuerpo. La palidez acentuaba el verde de sus cadavéricas mejillas. Sus ojeras se hicieron más profundas y enterraron en sendas cuencas los ojos de un hombre perdido en sus pensamientos. Los mismos ojos que pasaron del vacío al terror y del terror a la ira. La bufanda que tapaba su labio inferior, le daba un aspecto delincuencial a su rostro. Su tremenda estatura, sostenida en unas botas punta de acero características de los punkeros criollos a finales de los noventas, se tornaba cada vez más amenazadora.

Retomó su posición en la fila y percatándose de que todos le veían, agachó la cabeza, miró su reloj y se metió la mano entre el bolsillo de la chaqueta, pero tuvo que sacarla para secar con la manga el sudor de su frente. Faltaban tres personas y quedaban dos minutos antes de que fuesen las nueve de la noche, hora en que cerraban el supermercado los domingos. miró de nuevo el paquete de promasa y lo guardo en el mismo bolsillo para poderse llevar las manos a la cabeza e intentar olvidar que detrás de él estaba la anciana y en las pantallas sus padres. Entonces miró de reojo al hombre del mercado, quien había llegado ya a la caja en la fila de enseguida y estaba pagando los artículos. Meneó la cabeza en protesta contra el devenir. Este gesto, las manos en su calva y la sudoración excesiva se sumaron al salto que pegó cuando escucho al

vigilante. Bajó las manos y las abrió como poniéndose en guardia.

—Señor ¿le pasa algo? Preguntó el vigilante de turno.

—No, no... no, se preocupe señor agente, me siento bien. Tartamudeó Miguel.

—No soy policía. Dijo el vigilante observando el paquete que llevaba Miguel en el bolsillo.

—¡Ah! Disculpe, me dio la impresión. —Se quitó la bufanda y sonrió tímidamente— no me dí cuenta de que es el celador.

—Guardia de seguridad —Corrigió el vigilante— ¿Puede enseñarme lo que lleva en la chaqueta?

—No más la puse allí mientras la cancelo. Dijo Miguel mientras le enseñaba la promasa al guardia.

—Puedo imaginarlo —expresó desconfiado el guardia— ¿Parece algo nervioso? Inquirió de nuevo.

—No es eso agente, es que tengo rinitis y este frío me está matando.

—Le he dicho que no soy policía, por qué no deja la promasa en la caja y me acompaña hasta la salida. Sugirió el guardia a la vez que lo rodeaba.

—Y yo por qué lo voy a acompañar a la salida, si le da miedo ir solo compre un perro —le dio la espalda al guardia— Y sí voy a dejar en la caja, pero la plata con que voy a comprar esta guevonada para poder largarme de aquí. Exclamó sin poder ocultar su disgusto.

—Si se pone agresivo me tocará insistir en que se vaya. Amenazó el guardia.

Estaba aterrorizado. En su juventud sus actos vandálicos habían estigmatizado la figura de la policía y ahora cualquier indicio de autoridad le era antagónico. Las continuas visitas de la fiscalía después de la muerte de su padre aún rondaban en su cabeza. Si un crimen tenía la intención de tomar alguna ventaja sobre la victima, no sería investigado, y si lo era, no sería condenado. Pero cuando se hacía para proteger la integridad de otro, entonces todo el peso de la ley caería sobre uno. Cómo no odiar a la ley y a todo lo que represente autoridad, si esa autoridad está prevista para controlar a los débiles. Para el fuerte no es necesario el control. Él era fuerte, así que debía controlar la situación. Pensó Miguel mientras se sorprendía por la hora.

La empleada tomó el aviso de "caja cerrada" Lo puso sobre el mostrador y comenzó a contar billetes. Las personas que hacían fila, menos la anciana, se habían desplazado hacia otras cajas. Miguel observó el aviso, luego miró el reloj y se dio cuenta de que aún faltaban dos minutos para las nueve. Siempre que sufría una injusticia, sus labios rodeados por un talado bosque de barba, comenzaban a saltar. Esa especie de movimiento post mortem se le extendía por toda la parte izquierda del sudoroso rostro y desembocaba en la arteria que se le inflamaba en la frente simulando el latido del corazón.

Con un movimiento pendular ondeo su brazo desde el bolsillo de la chaqueta hasta la parte más alta de su cabeza y lo dejó caer libremente sobre el mostrador. Había agarrado la promasa y estrellándola contra la placa en que estaba el letrero, derrumbó la serie de chicles y condones puestos en una repisa al costado de la mujer, lo mismo pasó con el aviso. Se mando la mano al bolsillo trasero del pantalón, movimiento que provocó el desenfunde del arma del guardia, sacó su cartera y extendiendo un billete de diez mil pesos para pagar la promasa. Al no encontrar respuesta de la cajera lo dejó junto al artículo que pretendía comprar. Luego, con sus dos manos libres, trató de organizarlo todo.

—Ya está cerrado—Manifestó despectivamente la cajera.

—¿Cómo así? Faltan dos minutos para las nueve. Replicó Miguel con desesperación.

—No puedo recibirle porque tengo que cerrar caja. Insistió la mujer.

—Pero mire que en las otras cajas todavía están recibiendo. Protestó Miguel.

—Pues vaya a otra caja. Contestó la cajera mientras organizaba la cara de los billetes y los ordenaba.

—Y por qué, si yo hice la fila aquí. Dijo Miguel con expresión desafiante.

—Ya le dije que no puedo recibirle—la mujer le retiró el brazo de la repisa— ya cerré la caja.

—Señor ya escuchó a la cajera, por favor diríjase hacia la salida, ya vamos a cerrar. Dijo el guardia mientras le quitaba el tapón a la funda de la pistola.

—Pero les estoy diciendo que todavía no son las nueve, además, yo ya hice la fila, están atendiendo a los demás, por qué a mi y a la señora nos van dejar blanquiados. !Qué maricadai Gritó Miguel.

—!Vea hermano, ya cálmese, es la ultima vez que se lo digo, abrase de aquí si no quiere que lo saquei Respondió el vigilante con tono más alto.

—Sí, respete, deje de ser guache—la cajera se puso la chaqueta y se cogió en el pelo una cola— si no alcanzó a comprar fue porque se paró a mirar los televisores desde que se la montó al señor del mercado grande, porque no aprovechó que todos los demás se fueron. Aclaró la mujer mientras terminaba de recoger los chicles y los condones.

—Pero cómo así, ¿Y la señora de la bolsa y los cigarrillos? Dijo Miguel con una expresión cada vez más desconcertada.

—¿Cuál señora? Usted ha sido el único en la fila, esperó hasta que ya iban a ser las nueve y ahí sí iba a pagar, no mijo !jódasei, ya cerré. Amonestó la cajera mientras le daba la espalda.

Cuando se dio cuenta que la empleada y el vigilante tenían razón, pensó en que, así no comprará la promasa, los recuerdos de su madre jamas se extinguirían. Lo acompañarían para siempre, porque el día en que debió ayudarle, salió corriendo. El miedo le dio fuerza para alejarse, pero también alimentaba a las imágenes en su cabeza, así que todo giraba alrededor de un círculo en el que jamás se borrarían. El reflejo en el televisor comenzaba a desteñirse, sin embargo, vio sombras que se parecían a su padre saliendo del supermercado con una bolsa de promasa escondida entre la chaqueta y en la puerta una vieja señora esperándolo.